

JORDI SIERRA I FABRA

LA ISLA
DEL POETA



Siruela

PRELUDIO

NOCHE

MAÑANA

Créditos

Ediciones Siruela

JORDI SIERRA I FABRA

La isla del poeta

*A Sara Moreno Valcárcel,
mi isla amiga*

PRELUDIO

CAPÍTULO 1

La vida llama.
No le cierras la puerta,
sin preguntarle.

Fue la primera visión de la isla lo que le acabó de robar el aliento.

Un punto lejano que iba acercándose a ella desde la distancia abierta en aquel mar tan súbitamente plumizo y airado.

-¿Es ésa?

El pescador sumió en ella su ya habitual mirada de ojos cansinos.

-Sí, señorita. Ésa es.

Ya no había otra, y se dirigían recto a su encuentro.

Estudió aquella mancha todavía difusa, apenas un promontorio oscuro en mitad del horizonte. Parecía redonda, pero sabía que no lo era. Parecía muy pequeña, pero sabía que era mayor de lo imaginado, aunque resultase igualmente diminuta. Y parecía perdida.

Muy perdida.

La había estudiado en Google Maps, acercándose al máximo a su contorno en forma de habichuela. Conocía su perfil, la ubicación del pueblo, el embarcadero, las playas, la casa...

La barca dio un bandazo al chocar con una ola más encrespada que las demás. Un golpe brusco, seco. La fina llovizna levantada por el impacto le azotó el rostro, lo mismo que un vaporizador refrescante. Apenas si cerró los ojos un instante. Quería embeberse de todo, especialmente del camino.

Allí estaba su Ítaca personal.

Y ese camino quizás fuese lo más importante.

Desde la salida de Cartagena de Indias, a lo largo de aquella hora y media, habían rebasado ya varias islas, algunas grandes, otras relativamente pequeñas, y muchas convertidas en meros islotes sobre los que se asentaban singulares construcciones de madera. Casas sin puertas o sin ventanas, libres, extraordinariamente peculiares. Su visión desde el mar les confería un aspecto inquietante, misterioso, y también sorprendente. Era como si se hubiera producido una inundación y a ras de agua sólo quedaran las edificaciones más altas, porque desde lejos la base no

era visible. Algunas se sustentaban únicamente sobre un puñado de rocas. La imagen resultaba insólita por única. Y no se trataba de una o dos, sino de muchas.

Muchas personas viviendo aisladas.

Realmente aisladas.

-No todas están habitadas siempre -le había dicho su guía marítimo-. Algunas pertenecen a hombres ricos de Cartagena de Indias, o de Bogotá. Otras se alquilan, o se venden.

Comprar una isla.

Sonaba a fantasía.

Un nuevo golpe contra el agua. No sabía si el viento que azotaba su rostro era producido por la carrera de la barca, impulsada por su motor, o si se trataba del viento que preludiaba la tormenta. Las nubes que les envolvían eran amenazadoras, pero todavía no había oscurecido tanto como para que fuesen negras del todo. Eran nubes hermosas, densas, apretadas. A lo lejos, a su izquierda, sí llovía. La cortina de agua bajaba en diagonal hacia la superficie del mar.

Como si sintonizara con su pensamiento, el pescador miró al cielo, cada vez menos luminoso, cada vez más sombrío.

Su rostro era severo.

-Se lo dije, señorita.

-Sí, ya.

-Una hora más y no habríamos podido llegar.

-¿Tan feo se va a poner?

-Sí.

-Parece como si aquí nunca fuera a pasar nada.

-Pues ya verá -movió la cabeza de arriba abajo con vehemencia.

Estaba allí, con la isla recortándose en el horizonte. Aunque los cielos se abrieran, estaba allí.

Era la única razón a la que atendía su embotada mente.

Se le aceleró el pulso.

-Sujétese -la previno el barquero por tercera o cuarta vez.

Lo hizo. Se aferró a la barca con mano de hierro, pero no dejó de mirar en dirección a la isla. No llevaba chaleco salvavidas. Aquélla no era una embarcación turística. Aseguró la mochila entre sus piernas y la protegió un poco más. Si llovía daría igual, acabarían empapadas, mochila y ella, pero ahora de lo que se trataba era de impedir que las gotas que la salpicaban, los bandazos del agua o la espuma levantada por la quilla de la barca la mojaran aún más de lo que lo estaban haciendo.

Las olas crecían, igual que si una mano invisible las agitara por debajo.

En los siguientes minutos, a medida que se acercaban a la isla, permaneció callada.

Lo hicieron por el sur, por la parte más delgada de la habichuela. El pueblecito quedaba justo al otro lado, al norte. La embarcación enfiló la parte izquierda para rodear aquel contorno arbolado y ella casi suspiró, como si el detalle fuese importante. La casa quedaba de ese lado, próxima a una playita apenas vista desde el aire, por lo menos según la toma de Google Maps. La vegetación formaba una tupida masa verde, cerrada, como si los

árboles y las plantas se disputaran cada metro cuadrado del lugar. Las palmeras, agitadas por la brisa de la tempestad que se avecinaba, dejaban que sus palmas se estremecieran lánguidas siguiendo la dirección del viento.

Una vez había estado en el Caribe, en Varadero, y el sonido de esas palmeras estremecidas por el viento se le antojó música celestial. Pasó horas bajo ellas, arropada por su magia.

Palmeras igual que aquéllas.

La isla quedó a unos metros, finalmente.

Apenas unas brazadas.

En la orilla el mar sí era azul. Pasaba del tono oscuro al verde esmeralda que rodeaba la isla y alcanzaba la tierra convertido en una intensa transparencia del color del cobalto, o del cielo en un día luminoso. Un azul que invitaba a la zambullida, porque, pese a la inminencia de la tormenta, el calor era fuerte, pegajoso y húmedo.

¿Quién podía olvidar la sensación paradisíaca que transmitía el sueño caribeño?

El corazón le latió con fuerza de pronto, al verla por primera vez.

La casa.

Recortada entre las palmeras de su pequeña playa, los árboles del interior y la vegetación caótica y exuberante que lo dominaba todo.

Era de madera, no muy grande, cuadrada, simple y carente de lujos. Tan vieja que parecía abandonada. Las ventanas estaban cerradas, probablemente a causa del viento. No

divisó la puerta hasta unos metros más allá, tan cerrada como ellas. Ningún movimiento.

Sí, parecía muy vieja.

Y sobre todo solitaria.

Hizo la pregunta, sólo por curiosidad, por conocer la respuesta del hombre que la guiaba hasta su destino a través del mar. Y también para romper el silencio interior y escuchar su propia voz.

-¿Quién vive ahí?

-Nadie.

-¿Nadie?

-No, nadie. Pero no se acerque.

-¿Por qué?

El barquero se encogió de hombros.

-No se acerque -se limitó a insistir.

No le respondió.

Volvió el silencio.

La casa quedó atrás, oculta por la vegetación. La barca rodeaba la isla por la parte más larga, la que formaba el lado convexo de la habichuela. El viento debía de azotar por la otra parte porque allí las aguas estaban más calmadas.

Finalmente, pese a que el tiempo había dejado de contar desde el instante de ver su destino, las primeras construcciones del pueblecito se hicieron realidad frente a sus ojos iluminados.

Fin del viaje.

La barca aminoró su velocidad.

CAPÍTULO 2

Ese suspiro,
a mitad del camino,
qué bien me sabe.

Las casas quedaban muy diseminadas y eran humildes. O más bien debía de ser consecuente y llamarlas directamente pobres. La vida se hacía en el exterior tanto o más que en el interior. Calderos humeantes, ropa tendida que las mujeres ya recogían para evitar que el viento y la tormenta se la llevase, un enjambre de niños jugando con libertad, la mayoría desnudos en el caso de los más pequeños, suciedad amontonada por todas partes, restos de cocos rotos, palmas secas... Las embarcaciones se

resguardaban en un puerto natural formado por rocas y protegido por un malecón de apenas diez metros de largo, suficiente para ampararlas correctamente.

Su barca enfiló hacia él, lo coronó y penetró en el puerto.

El motor dejó de funcionar.

Y mientras el silencio se hacía audible, su propia inercia la llevó directa al embarcadero, una serie de tablas unidas entre sí que se adentraban en el agua sostenidas por media docena de pilares, también de madera.

Los niños se aproximaban ya en tropel, al darse cuenta de que el pescador llegaba acompañado. Su curiosidad se disparó todavía más al reparar en ella.

Una mujer tan joven, cargada con una mochila, allí, en el fin del mundo.

-No se levante aún, señorita -la previno el hombre.

Los niños la esperaban en el embarcadero, apretados entre sí, mirándola sin disimulo y sonriendo. Eran una docena y media. Parecía asombroso que hubiera tantos. O tal vez no. La vida en una isla, y más en una isla como aquélla, debía de ser muy distinta a cuanto un europeo pudiera imaginar. Las noches llegaban temprano, los amaneceres pronto. Un universo entero de preocupaciones y problemas distintos a los de la mayoría.

También los hombres y las mujeres dirigían sus ojos hacia la recién llegada.

La barca se detuvo junto al embarcadero.

Una docena de manos quiso atrapar la cuerda que la amarrase. Una docena de manos quiso tomar la de la visitante para que descendiese de ella.

-Ya -le dijo el hombre.

-Gracias.

-No hay de qué. A sus órdenes. Que esté muy bien.

Le gustaba el habla colombiana. Frases como ésa, «Que esté muy bien», o el «¿Qué le provoca?» de los meseros en bares y restaurantes, o la dulzura en la forma de preguntar «¿Un tinto?» refiriéndose al café. En España todavía creían algunos que el castellano más correcto era el suyo. ¿Por qué no se daban una vuelta por Colombia, Perú, Ecuador, México, Chile, Argentina...?

Ya le había pagado antes de iniciar el viaje, así que le tendió la mano y se la estrechó a modo de despedida. El pescador le sonrió. Su sonrisa más amplia, y pese a todo nada espectacular, desde el instante de contactar con él. A fin de cuentas vivía allí, en la isla. Había sido una suerte encontrarle.

Puso un pie en el embarcadero, por sus propios medios, ignorando a los niños y los jóvenes que pugnaban por el honor de asegurar su primer paso. Les miró sin saber qué hacer y ellos la inundaron con su propio torrente de energía.

Una reina.

-¡Hola!

-¡Me llamo Juancho!

-¿Cómo le va?

-¿Quiere un guía?

Un guía.

-No, gracias -le dijo al último que había hablado, un chico de unos nueve o diez años, piel tostada, cabello muy negro, cuerpo flexible y muy delgado, ojos vivos.

-¡Vamos, dejad a la señorita en paz! -les gritó el hombre que la había llevado hasta allí.

No le hicieron caso, así que tuvo que echar a andar seguida por ellos, a ambos lados, por detrás, por delante.

¿Debía de haber llevado consigo algunos caramelos? ¿Querían un puñado de pesos? No supo qué hacer.

Su sonrisa era ingenua.

A veces pensaba que seguía anclada en la adolescencia, ese universo difuso y confuso plagado de irrealidades abstractas y realidades amargas. ¿Cuándo terminaba una etapa de la vida y empezaba otra? Los trasvases no eran inmediatos. En su memoria, la ceremonia de la confusión todavía formaba una película cargada de emociones mezcladas y sentimientos atropellados.

Y a fin de cuentas era su primer viaje en solitario.

Las colonias infantiles o las excursiones de fin de curso no contaban.

Estaba sola de verdad.

Desde que había salido de casa.

-No tengo nada, lo siento -les dijo a los que la rodeaban.

Las niñas y no tan niñas eran hermosas, prematuramente desarrolladas en los casos de las mayores. Pronto serían madres, con quince o dieciséis años, porque allí la vida se precipitaba. Observaban su cabello largo, castaño, recogido con una pinza en la nuca, y su blusa suelta, de colores, sus pantalones vaqueros, de marca, lo mismo que sus zapatillas

deportivas. Observaban sus labios y sus ojos. Quizás la encontrasen guapa. Lo era. Sabía que lo era. Una belleza mediterránea, libre y limpia, de piel suave y blanca. Y observaban los anillos plateados de sus manos, cinco en total, dos en la derecha y tres en la izquierda, lo mismo que los pequeños pendientes que jalonaban los lóbulos de sus orejas. Quizás se habrían interesado también por el *piercing* de su ombligo, un aro coronado por una pequeña piedra brillante. Los niños y no tan niños, por contra, le miraban directamente el rostro, la breve forma de sus senos disimulados bajo la holgura de la blusa, el trasero marcado por lo ceñido de sus vaqueros. No había nada erótico ni intencionado en esas miradas. O al menos eso le pareció. Pero la incomodidad se generalizó al darse cuenta de que no la dejaban, que tal vez se convirtiesen en su sombra.

Y necesitaba estar sola.

-Por favor... -se detuvo.

Algunas madres lo entendieron. Podían preguntarse qué estaba haciendo allí, pero lo entendieron. Era una intrusa en su mundo. Y, sin embargo, quisieron respetar eso.

-¡Niños!

-¡María Paula, Sergio, Diana...!

-¡Venid aquí!

La mayoría obedeció, a regañadientes. Otros lo hicieron por inercia, sin dejar de mirarla. Los dos últimos fueron un chico y una muchacha de apenas siete años. El chico era el que se le había ofrecido para ser su guía.

-Tenga cuidado con la tormenta.